

Hombres de pelo en pecho

Un amigo mío, que se encontraba convaleciente de una operación quirúrgica, fué a saludar al cirujano que le había operado. Mi amigo, recordando la canción, preguntó:

--Dígame, doctor, ¿hasta cuándo soplaré yo?

El doctor, sonriendo, contestó:

--Amigo mío: por lo general, el sobreviviente chileno del sexo feo sopla más o menos bien hasta los cincuenta años; de allí para arriba debe cuidarse como objeto de lujo y hacerse vigilar como un tesoro. Debe temer, sobre todo, a los tumores prostáticos.

Mi amigo abandonó la consulta con una cara que le llegaba hasta la abertura del chaleco: su operación había tenido por campo una región cercana a la próstata.

No he visto a mi amigo en los últimos tiempos, pero presumo que su rostro se habrá iluminado con una sonrisa de oreja a oreja al leer en los diarios la noticia de los resultados de los trabajos del profesor Charles Huggins, de la Universidad de Chicago. Según ese profesor, y según otros muchos, el cáncer prostático se debe a la disminución de las hormonas sexuales femeninas en los organismos de los hombres de cierta edad: el desequilibrio produce el cáncer. Restableciéndolo, el tumor desaparece. El restablecimiento de ese equilibrio se logra por la ingestión de píldoras de diethylstilbestrol, droga extraída de la orina de yegua preñada.

Tal es la extraordinaria noticia. A estas horas, mi amigo, hombre de carácter suave, debe saberse de memoria el nombrecito de la droga y estará feliz con la noticia. ¡El cáncer prostático puede combatirse con píldoras, tal como antes se combatían las enfermedades infantiles! Pero si mi amigo está feliz, como debe estarlo, ¿qué habrán dicho, al leer tal noticia, aquellos caballeres, abundantes en todas las latitudes, que proclaman que el hombre, más que hombre, debe ser una especie de macho cabrío, áspero y amatonado, alejado de la feminidad y de sus influencias? ¡Cómo!, habrán exclamado:

¿de modo que yo, hombre de pelo en pecho, llegaré a los cincuenta o más años y contraeré un cáncer a la próstata nada más que porque esas malditas hormonas sexuales femeninas -- a quienes Dios confunda -- han disminuido en mí y deberé, para curarme, ingerir una droga extraída de la orina de yegua preñada? ¡Horror! ¿De dónde he sacado yo hormonas sexuales femeninas?

No se si algunos de esos hombres de pelo en pecho lleven su soberbia hasta el extremo de negarse a tomar las pildoritas, pero no hay duda de que la casi totalidad empezarán, desde ya, no sólo a rogar para que no les abandonen las hormonas de marras sino que, peor aun, a cultivarlas cuidadosamente.

Lecciones que nos da Natura, diría un librepensador.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©